

SOBREMESA DE SAN ANTÓN

Cuando en mi casa tengo cazuela,
y a mediodía, la "Micaela",
toca a las doce la batallá
¡huérfano me entra, de la alegría!,
y voy pensando: "Pancheta mía,
¡cuando tú agarres la cazolá...!"

Romanzero enguerino, Oda XXXVbis.

San Antón, 2015. Plaza de la Iglesia, ante la Hoguera.

Miguel se acerca y, por detrás, arrea una *espena*.

- Chè... *cludiau*, que hay *moñacos*! No *aspenéis*... C (inescribible)... ¡Tú tenías que ser! Si no podía ser otro... ¿Cuándo *hais allegau*?
- Hace *nà*. *Hamos* venido con los *ñieticos pá* que no *s'apierdan* las costumbres... Mañana, después de la *arreplegà*, se volvemos.

Eran viejos conocidos de los años en la "Academia Santamaría". La vida les había llevado por diferentes caminos, lejos del pueblo. Miguel, ahora jubilado de la multinacional sueca en que había alcanzado relevancia profesional, había vuelto a la capital donde vivía, disfrutando de sus nietos pues, aunque los veía de uvas a peras, los gozaba como mejor sabía: mostrándoles nuestras *cosicas*...

- ¿A San Antón llamáis "cosicas"?

Era Ernesto, quien de esta forma saludaba.

- Pues mira éste... ¿qué la parienta *t'ha dau premiso*?
- Acabo *d' allegar* y, llena como está la plaza, no *conosgo a denguno*, chè.
- ¿Qué has venido sólo?, pregunté por tratar de hacerme presente.
- ¡Quià! *Hamos* venido con *toa* la recua, bueno, con cuasi *toa*. Les ha encendido el fuego y *m'ha* venido a ver la hoguera... pero no *conosgo* a cuasi *dinguno*; a decir verdad, sólo a vosotros dos.



Era un tercer septuagenario que, tras vivir profesionalmente en Tarragona, se había radicado en Xixona, de donde era oriunda la mujer, y siempre arrastraba tras de sí a toda la parentela: dos matrimonios más y tres viudas. Lógicamente, hiciera frío o calor, en cuanto pasaba la Cruz buscaba excusa para desembarazarse de todos ellos, como en esta ocasión.

Fue él, Ernesto, quien en medio de apretones y saludos, nos indicó que esperaba que Fernando también hubiera llegado y propuso juntarnos, dar cuenta de una cazuela, que encargaríamos en el horno, celebrar que estábamos los cuatro y festejar así nuestro particular San Antón.

- Por mí: ya –asentí– y..., si queréis, podemos empezar con la *torrá* a la *madrugá*, cuando *haigan* brasas...
- Chè, yo no... que *m'han dejau* los *ñieticos* y, *pa* una vez que me los dejan... ¡Qué quiero ir *arreplegar* los caramelos!

- Vale, pero después que pasen por tu casa... y, si quieres, *l'aduyas* a tu mujer en darles la comida...
- Va, chè, *pa* una vez que se podemos ajuntar...

* * *

La cazuela estaba en el centro de la mesa. La *ensalà* y el plato de olivas, junto al vino.

- No ha podido ser de aquí, pero este "Ribera del Duero", creo que no desentonará...

A pesar de no vivir, sino en contadas ocasiones en el pueblo, la casa de Fernando daba la impresión de ser la vivienda habitual, y es que Silvana –su mujer–, no siendo del lugar, era más *marujona* que las *casolanas*. Desde que habían regresado de América, donde su marido ejerció como delegado de su empresa para los países del Cono Sur, era raro que no pasaran los fines de semana en la casa que, en el pueblo, les había correspondido en herencia.

Tal circunstancia había operado una especial metamorfosis en Silvana que, a Fernando, no sólo le dejaba total libertad cuando llegaban al pueblo, sino que sobre todo le colmaba en su



jubilación. Ella también se sentía realizada; en efecto, estaba integrada en el grupo de *bolilleras*, en la junta de *familias enguerinas*, si bien lo que, personalmente, más me alucinaba era que su razón de existir parecía radicar, los sábados por la mañana, en ir a comprar verduras, con las consiguientes *llorenz* del *mercau*. ¡Estaba al día de toda información local! Disfrutaba el sabor del pueblo, y no lo ocultaba.

Tal vez fue por ello que, bajo su égida, Ernesto, Fernando, Miguel y yo nos

encontráramos en torno a la cazuela de San Antón, disfrutando recuerdos de aquellos años en el patio de la Falange, curiosamente hoy plaza de las Palmeras.

En efecto, los recuerdos, las anécdotas, las chirigotas a los profesores, no por *requeté-contra-sabidas*, impedían que nuestras secreciones glandulares dejaran de producir sus placenteros efectos sobre nuestro respectivo estado de ánimo.

Un denso silencio plasmó el efecto benéfico de aquel encuentro, que volvió a hacernos sentir algo más que amigos de infancia.

Alguien tomó una especie de periódico que estaba sobre una mecedora.

La fina ironía de Fernando nos obligó a prestar atención a dicho informativo al afirmar:

- Oye, ¡Pues hasta Engra han *llegao* los efectos de la Cumbre Mundial sobre el cambio climático!

Hacía referencia al hecho de usar papel reciclado frente a los satinados que los partidos políticos de alternancia municipal utilizaran en anteriores ediciones. Para a continuación, y en otro tono, agregar:

- ¿Alguno de vosotros lo ha hojeado? Me avergüenzo de este *ganau*. Pero ¿es que en este lugar no *ha quedau* gente con dos dedos de frente?

Seguro que no quería darnos la tarde. Quienes le conocemos sabíamos de su bonhomía; en consecuencia, no era sino un exabrupto del malestar personal que, también a nivel colectivo, existía sobre la pobreza humana de quienes poblaban los ámbitos de la política.

Ernesto terció sobre la materia:

- Yo sí lo vi ayer tarde. Cuando llegamos a casa; estaba en el buzón y, por distraerme, empecé a ojearlo¹ y fui capaz de aguantar hasta el final. No lo he querido sacar a colación por la pésima imagen que estamos dando, pero... ¡es que la insensatez les lleva a dejarlo escrito para la posteridad...!
- ¿Pero qué dicen? ¿Qué quieren más sueldo? –dije queriendo quitar hierro al tono que parecía estaba tomando la sobremesa.
- Lo que ocurre es que estos saltimbanquis piensan que el ayuntamiento está para entrenarse para más altos cometidos y, en vez de gestionar los recursos del pueblo, quieren convertirse en “demóstenes” del ágora enguerino...
- ¿Pero qué dices?
- Que ¿qué digo? ¿Sabrá este personal que los ayuntamientos deben regirse por la Ley de Bases de Régimen Local?
- Pienso...

Intenté de nuevo terciar para que nos dejaran tener la digestión propia de una cazuela como la que habíamos despachado, tal como era la que correspondía al día de San Antón: con *morret*, manetas y *fasseúras*... Pero aquello ya estaba lanzado.



- ¿La Ley de Bases, dices? Pero si no alcanzan a saber ni lo que ellos mismos escriben en castellano...
- ¡!
- Sí, pues no va y dice, en referencia al Alcalde, con toda la cachaza: “Dejémonos de más infraestructuras, conserve lo que hay y trabaje por el empleo y el futuro de Enguera” para, con todo el cuajo, proponer con más demagogia que conocimiento justamente lo contrario... Leo textualmente una de sus propuestas para lo que ellos llaman los motores de la economía enguerina: “... mejorando las infraestructuras generales” ...
- ¡!
- ¿Ambas cosas no estarán escritas así, tal cual?
- Ya ves que las he leído...
- Pero bueno... y estos han estado al frente del Ayuntamiento ¿cuántas? ¿dos o tres elecciones?
- Así nos ha ido y así nos va... Antes los concejales lo decían y, como las palabras se las lleva el viento... ¡Pero dejar por escrito que hay que olvidarse de las infraestructuras, para a continuación, hacer la propuesta de que hay que mejorarlas! Pero ¿sabrán qué son infraestructuras?

No quise terciar, no fuera que, en lugar de poner tranquilidad, saliera a relucir el selectivo arreglo del firme en qué caminos, el “acondicionamiento” de puentes que son parte del patrimonio histórico, o la instalación de la Tv en el Museo Arqueológico dejando los cuadros tirados por el suelo de los pasillos... ¡Eran sus grandes obras que nos dejaron para la posteridad!

- ¡Pobre Aristóteles y su concepto de la política! –pensé para mí y ya en voz alta– ¿Queréis dejaros de chorradas y celebrar San Antón?

Por la Transcripción
José Cerdá Aparicio

¹ Mirar por encima un texto, frente a *hojear* que hace referencia a pasar las hojas de un libro o de un cuaderno.